

cimientos. Director General de Sanidad de Cuba de 1922 a 1923, volvió luego de su renuncia a la dirección del hospital, cargo ese que ocupó con todo acierto y prestigio hasta su muerte.

El Dr. Lebreo fué en numerosas ocasiones comisionado por su Gobierno para la investigación epidemiológica de diversas enfermedades transmisibles en Cuba y en el extranjero, por ejemplo, en Nueva Orleans, en 1914; en Mérida, Yucatán, en 1911 y 1919; en Veracruz y Tampico, en 1916; en Puerto Rico, en 1915; y tuvo a su cargo la supresión de las epidemias rurales de fiebre amarilla en Cuba en 1906, 1907, 1908 y 1909. Igualmente, y en reconocimiento de su talla de higienista y hombre de ciencia, formó parte de la Comisión de Fiebre Amarilla enviada por la Fundación Rockefeller a Guayaquil en 1918.

El Dr. Lebreo se distinguió también por sus contribuciones escritas a la ciencia médica y sanitaria, siendo fruto de su privilegiada inteligencia y bien cortada pluma, además de los trabajos publicados en el *BOLETÍN*, monografías sobre el mosquito; filariasis; beri-beri; el leptospira icteroides (siendo uno de los primeros, si no el primero, en indicar que este microbio no era el agente etiológico de la fiebre amarilla); paludismo; fiebre amarilla; parasitología intestinal, etc., así como de un "Tratado de Epidemiología" inédito, en el cual condensó en una forma práctica y clara su acrisolada experiencia, sano juicio y profunda erudición.

Hombre de trato simpático y bellísimas dotes personales, modesto, sencillo y bueno, caballero completo y amigo leal, la desaparición del Dr. Mario G. Lebreo, cuando aun parecían restarle muchos años de vida y actividad, será lamentada no sólo por todos los que tuvieron el placer de conocerle personalmente y de apreciar de cerca sus nobles cualidades (entre los cuales figuran en primer lugar sus compañeros de la Oficina que hoy se inclinan conmovidos ante la tumba del benemérito desaparecido), sino por cuantos se interesen en el desarrollo y progreso de la medicina tropical, la epidemiología y la gran causa de la higiene panamericana, por la que laboró con tanto empeño y éxito el sabio cubano.¹

LA VIRUELA Y LA VACUNACIÓN

Como ciertos escritores ingleses hacen rudísima propaganda contra la vacunación y han logrado que en Inglaterra no exista la vacunación obligatoria, ruego a Ud. respetuosamente el favor de instruir un informativo en esa Oficina Sanitaria Panamericana, contra los propagandistas ingleses para esclarecer la verdad de los hechos afirmados por ellos.—FRANCISCO PEÑA TREJO, delegado de Sanidad, El Salvador.

En los días anteriores a la vacunación la viruela era uno de los peores azotes que jamás haya agobiado al mundo. Nueve de cada 10

¹ Acabamos de recibir y en el próximo número publicaremos el sentido discurso pronunciado por el Dr. C. E. Paz Soldán en nombre de la Oficina Sanitaria Panamericana en el sepelio del Dr. Lebreo.

personas padecían de la enfermedad en alguna ocasión durante sus vidas, y una de cada 10 muertes se debía a la viruela. Si reinaran las mismas cifras en las Américas actualmente, más de 250,000 personas morirían de viruela cada año en las 21 Repúblicas Americanas, mientras que, en realidad, probablemente no llegan a mil las muertes anuales de viruela en toda la América Latina y los Estados Unidos combinados. Si no fuera por la vacunación, la gente sucumbiría a la viruela precisamente como sucedía en otras épocas.

La viruela quizás sea la más contagiosa de todas las dolencias, y a menos que hayan sido vacunados con éxito, casi todos son susceptibles a ella: ricos y pobres, viejos y jóvenes, limpios y sucios, y los sanos, así como los débiles, se encuentran casi igualmente expuestos a contraerla. El saneamiento, el aseo, la alimentación apropiada y los buenos hábitos, aunque protegen contra otras muchas enfermedades, de muy poco o nada sirven contra la viruela.

¿Cómo puede impedirse la viruela? La respuesta es sencillísima: *por medio de la vacunación y la revacunación*. Por supuesto, cuando una persona tiene viruela, debe ser cuarentenada, pues hay muchas personas que jamás han sido vacunadas, o si lo han sido, fué tanto tiempo antes, que no poseen protección completa. Esas personas y en particular las que no han sido vacunadas nunca, correrían peligro si se expusieran a la viruela. Pocas son las partes donde no haya muchos pequeños sin vacunar.

Si todas las personas de una localidad pudieran ser, o fueran, vacunadas con suficiente frecuencia, o sea cada cinco a siete años, no habría que cuarentenar los casos de viruela, y en una localidad así protegida tampoco habría viruela. Si por casualidad llegara un caso de algún otro sitio en que no practican la vacunación, nadie contraería la enfermedad, pues todos los habitantes estarían resguardados por la vacunación. Sin embargo, nacen cada día nuevas criaturas y las personas de más edad se olvidan de revacunarse, de modo que de cuando en cuando, estalla la viruela en alguna parte y ocasiona dificultades, aunque hay países enteros entre ellos, Cuba y Nueva Zelanda, en que la enfermedad ha sido extinguida y alejada por años. En la Ciudad de Nueva York, con sus millones de habitantes, no ha habido una muerte de viruela desde hace años.

Pero, se nos dirá, hay individuos quienes declaran que la vacunación no protege contra la viruela. Esa declaración hace recordar una anécdota. Tres sujetos y un niño transitaban por la calle. Uno de los sujetos iba junto al muchacho, y los otros dos delante. Uno de los individuos del frente era el padre del chico, al cual el hombre de atrás le preguntó: “¿Es tu tío ése que camina con tu papá?” “No”—contestó el muchacho—“ese señor es el hermano de mi padre, pero no es mi tío.” ¿Como explicar la repuesta del niño? Pues porque no sabía más, o que contestó algo sabiendo que no era cierto. Mostrémonos caritativos y demos por sentado que los que sostienen la

peregrina teoría de que la vacunación no confiere protección contra la viruela, no saben más, si bien no faltan ocasiones en que uno se queda perplejo, en particular cuando el que habla o escribe contra la vacunación recibe paga por hacerlo.

Los opuestos a la vacunación a veces ofrecen argumentos muy mañosos pero también muy falsos y erróneos, proponiéndose sembrar en la mente de los ignaros la idea equivocada de que la vacunación no confiere protección contra la viruela. Un cuidadoso análisis de esos argumentos revelará su falacia y falta de sinceridad. El forjador de los mismos, a menos que repita a lo papagayo lo que otro dijera, debe darse cuenta de que sus argumentos no son sinceros, que está razonando erróneamente, y hay que advertirle que se ciega a los hechos, que tiene la obligación de conocer. Muchos antivacunadores conocen los hechos y los suprimen o tergiversan a sabiendas, y ex profeso, o por ignorancia, hacen declaraciones erróneas. Tampoco vacilan en sacar deducciones injustificadas de los hechos que presentan.

Por ejemplo, algunos antivacunacionistas tratan de hacer creer a la gente que las personas vacunadas con éxito contraen la viruela con la misma facilidad, y padecen tanto como los que jamás han sido vacunados. No dicen esto en tantas palabras, pues, saben, o deben saber, que no es así; pero presentan hechos conocidos, como veremos más adelante, aunque de tal modo que crean la impresión de que los vacunados sufren igualmente que los no vacunados y, por lo tanto, que la vacunación no otorga protección contra la enfermedad. Estudiemos ahora su modo de proceder, y si sus argumentos parecen buenos.

Un argumento favorito de los antivacunacionistas, es el siguiente: llaman la atención sobre el hecho (y es un hecho) de que hay siempre muchas personas vacunadas en cualquier país o localidad dada, en las ocasiones en que se presentan muchos, y quizás muchísimos, casos de viruela. En otras palabras, alegan que mientras más vacunaciones se hacen en un año, más casos de viruela sobrevienen en dicho período. Ahora bien, esa declaración tal vez sea cierta y, por lo común, lo es; pero detengámonos a pensar porqué es cierta?

La explicación es sencillísima. En los años en que hay muy poca o ninguna viruela, la gente, como no abriga temor a contraer la enfermedad, no se vacuna y, por consiguiente, de no haber viruela cerca, pasará años enteros sin vacunarse. Pero si sobreviene un brote, ¿qué sucede? La gente inmediatamente comienza a vacunarse, a fin de no contraer la viruela. De modo que, precisamente como dice el antivacunacionista: siempre hay más gente vacunada en los años en que hay más viruela. *Los individuos sin proteger buscan protección cuando surge el peligro.* En vista de esta explicación perfectamente sencilla, reconstruyamos el argumento. El antivacunacionista dice: "Recuerde este o aquel año en este o aquel país: millones de vacunaciones; millares de casos de viruela," pero expresándose en el orden debido debería decir: "Recuerde lo que sucedió en este o aquel país en

tal o cual año; hubo millares de casos de viruela; *por consiguiente*, los millones de personas que no habían sido vacunadas recientemente, o que jamás habían sido vacunadas, *se hicieron vacunar*, por saber que, haciéndolo, evitarían la enfermedad."

Además, si el antivacunacionista se pusiera a investigar en tales ocasiones, y averiguara quién es que contrae la viruela y quién no la contrae, como hacen los doctores, descubriría algo que trata de ocultar, a saber: que los recién vacunados son las personas que *no contraen* la viruela; que los que no han sido vacunados por años enteros, aunque pueden contraer la enfermedad, *no padecen mucho*; y que los mayores sufrimientos y casi todas las muertes recaen entre los *no vacunados*.

Estudiamos ahora los hechos presentados por los que creen que la vacuna protege contra la viruela, y veamos si se hallan o no justificados en sacar esa deducción.

La mortalidad variolosa en las personas que han sido vacunadas con éxito *una vez*, aunque haya sido años antes, es mucho menor que entre los no vacunados. Eso ha sido demostrado muchas veces. Recordemos lo que sucedió en un brote de viruela en el Japón en 1908. El Dr. Amako, distinguido médico japonés, realizó un estudio de 3,465 enfermos que habían tenido viruela en dicho año, descubriendo que aunque 46.4 por ciento de ese número habían sido vacunados, comparado con 53.5 que no lo habían sido, la mortalidad entre los *no vacunados* llegó a 45.8 por ciento, y en los *vacunados* sólo a 7.2 por ciento. Si ese 7.2 por ciento hubiera sido *recientemente vacunado*, como probablemente no lo habían sido, con toda probabilidad hubieran evadido del todo la enfermedad.

Del 1° de enero de 1912 al 31 de diciembre de 1923, o sea un período de 12 años, el Servicio de Sanidad Pública de los Estados Unidos, en cooperación con los médicos de sanidad de los Estados y ciudades del país, investigó un total de 110,075 casos de viruela. De ese número de personas que habrán padecido de la viruela, *91.35 por ciento jamás habían sido vacunadas; 5.48 por ciento no habían sido vacunadas en más de 7 años; y sólo 3.17 por ciento habían sido vacunadas dentro de 7 años*.

¿Qué pruebas directas hay de que una vacunación feliz reciente otorgará protección casi absoluta contra la viruela? Hay muchas. No es posible repasar esos datos aquí minuciosamente, pues podrían llenarse tomos enteros con ellos.

La historia de todos los brotes dominados de viruela, revela que la vacunación feliz impide la viruela.

Jamás fué dominado ningún brote considerable de viruela sin la vacunación.

Cada año, centenares de personas, incluso doctores, enfermeras y otros, asisten a variolosos. Los que se dedican a esa tarea de atender a los enfermos, atiéndense exclusivamente a la vacunación para no con-

traer la viruela, *y no la contraen*. ¿Conocéis algún antivacunacionista que se ofreciera a asistir o a atender de ningún modo a un enfermo de viruela? No, jamás habéis conocido a ninguno, y nunca lo conoceréis.

Retrocedamos ahora a los días de Jenner, buscando pruebas más directas de la eficacia de la vacunación. Poco después que Jenner anunciara su descubrimiento de que la vacunación protegía contra la viruela, la gente probó ese método en gran escala en Inglaterra, Francia, España, Italia, Alemania y otros varios países europeos, de un modo muy convincente. Los doctores tomaban de una vez de 100 a 200 personas, por lo común niños que no habían tenido la viruela; los vacunaban primero, y después que la vacunación había terminado su evolución, los inoculaban con viruela. En lo tocante a los niños, esto se hacía, por supuesto, con el consentimiento de los padres o tutores. Como la inoculación con la viruela era frecuente en aquellos días, la gente, naturalmente, prefería la vacunación a la inoculación, si no habían tenido la enfermedad.

De todos los niños inoculados con la viruela después que la vacunación había terminado su curso (de 12 a 14 días), ni uno contrajo la viruela; *ni uno*. Millares fueron vacunados, y de dos meses a dos años después fueron inoculados con la viruela, sin que ninguno contrajera la enfermedad. Los poquísimos que la contrajeron después de vacunarse en esos experimentos, fueron los inoculados *antes de que la vacunación hubiera terminado su curso*. Algunos, después de ser vacunados felizmente, fueron inoculados de 10 a 20 veces, con la viruela, sin contraer la enfermedad. En cambio, casi todos los que no habían sido vacunados, contrajeron la viruela al ser inoculados con la enfermedad misma, y hubo muchos de ellos.

¿Por qué, por regla general, se emplearon niños en vez de adultos, para esos experimentos? Pues por qué en aquellos días, casi todos los adultos ya habían tenido la viruela.

Los mismos experimentos fueron repetidos en los Estados Unidos por el Dr. Benjamín Waterhouse, del Servicio de Sanidad Pública de los Estados Unidos (llamado entonces Servicio de Hospitales Marítimos), que vivía en Boston. Vacunó primero a 12 niños (uno de ellos su propio hijo), ninguno de los cuales jamás había tenido la viruela, y en todos prendió la vacuna. Apenas sanaron los brazos, les inoculó a todos viruela. ¿Qué sucedió? *Pues nada*. Sin embargo, no satisfecho todavía, vacunó a 5 más, y cuando la vacunación había terminado su curso, inoculó viruela a los 5. También reinoculó a los primeros 12 con viruela. Al mismo tiempo, inoculó a 2 niños con viruela, que jamás habían sido vacunados. ¿Qué sucedió a los 17 *que habían sido vacunados*? *Pues nada*. ¿Qué sucedió a los 2 que *jamás habían sido vacunados*? *Pues ambos contrajeron la viruela*.

¿Cuánto tiempo protegerá una vacunación feliz contra la viruela?

En muchos casos, una vacunación feliz protegerá contra la viruela *letal* por muchos años, y quizás toda la vida; pero no impedirá que

se contraiga la enfermedad después que transcurran de 5 a 7 años. Sin embargo, una buena vacunación confiere por lo común protección absoluta contra la viruela por espacio de 5 a 7 años. Eso quiere decir que al cabo de 5 a 7 años, una persona vacunada una sola vez, puede esperar sufrir un ligero ataque de viruela si se expone a la enfermedad, y en particular a una forma grave de ésta. Después de 10 a 15 años, el ataque sería más intenso. Hay algunas cepas de viruela que son mucho más peligrosas que otras.

También es cierto que algunas vacunas otorgarán más protección que otras. La potencia de la vacuna misma es susceptible de variaciones y, además, una vacuna potente puede perder en gran parte, o del todo, su facultad protectora a los pocos días si se guarda a una temperatura cálida. Por ejemplo, una vacuna que proporciona magnífica protección el lunes, podría, si se retiene a una temperatura de 27 a 32° C. o más, otorgar menos protección el martes ó miércoles, apenas ninguna el jueves o viernes, y quizás ninguna el sábado o domingo. *La vacuna debe guardarse en la nevera hasta que sea usada.* Si se guarda a una temperatura de 0 C. o menos, retendrá toda su potencia por muchos meses.

Si una persona ha sido vacunada felizmente en tres distintos períodos de su vida, a intervalos de 10 a 15 años, probablemente estará resguardada absolutamente contra la viruela todo el resto de su vida. Es una buena idea vacunarse cada 7 años. Después de la primera vacunación, si no se espera demasiado, las vacunaciones subsecuentes ocasionarán muy pocos inconvenientes, y mientras más a menudo se vacune una persona menos inconvenientes experimentará. También es prudente revacunarse si uno se expone a la viruela, a menos que haya sido vacunado con éxito dentro de un año. La reacción que tal vez motive la revacunación, compensa la leve molestia que ocasione, dada la satisfacción que acarrea de saber que no se corre el peligro de contraer la enfermedad.

Las personas que se vacunan frecuentemente, es decir, cada 2 a 5 años, se vuelven inmunes tanto a la vacuna como a la viruela. Cuando se revacunan, en vez de manifestar el prendimiento habitual, acaso acusen lo que se llama *reacción inmune*. En esos casos, aparece una elevación dentro de 24 horas en el sitio de la vacunación. También habrá algún enrojecimiento cutáneo, pero la pápula no forma una vesícula (especie de ampolla), y aunque tal vez aumente de tamaño por dos o tres días y escueza algo, desaparece pronto. Si ya ha transcurrido suficiente tiempo desde la última vacunación para que la persona pierda parte de su inmunidad, manifestará lo que se llama una *reacción acelerada*. En esos casos la pápula se desarrolla en unas 36 horas, revela una evolución ligera, y desaparece a los pocos días. Esas reacciones, especie de "prendimientos leves," pueden dejar tras sí una pequeña cicatriz de vacunación. Mientras más tiempo haya

transcurrido entre vacunaciones, más pronunciado será el “prendimiento.”

Para concluir, no dejéis que os extravié nadie diciendo que la vacunación no confiere protección contra la viruela. No podría haber declaración más falsa o errónea, y hasta *malévola*. La vacunación es la única salvaguardia contra esa enfermedad.

Clasificación de escuelas dentales.—En la clasificación publicada recientemente por el Consejo de Educación Dental, 31 escuelas de odontología de los Estados Unidos figuran en la Clase A, y 8 en la Clase B.

Médicos en Australia.—En Australia hay 5,120 médicos, o sea 87 por 100,000 habitantes. Los únicos países que tienen más son Inglaterra, Austria y los Estados Unidos, con 111.4, 113.9 y 126.6, respectivamente.

Defectos físicos en La Paz.—En la ciudad de La Paz en 1928 había 286 cojos, 144 tuertos, 117 sordos, 96 ciegos, 76 mancos, 35 turnios, 35 tullidos, 27 idiotas, 21 locos, 20 sordo-mudos, 18 mudos, 17 paráliticos, y 13 jorobados. (*Rev. Of. Mun. Est. Dem.*, No. 2, 1930.)

El alcoholismo en México.—Una ciudad que, sólo por una de sus vías de comunicación, recibe en un mes únicamente, el de abril de este año, supongamos 7,889,-665 kilos de pulque y 145,000 de vinos y licores, una ciudad en la que se consumen diariamente, para hacer alcohol 75,000 kilos de maíz o sean 27,000 toneladas al año, en números redondos, y exigirá para este año, según cálculos, la importación de 22,000,000 de kilos de maíz extranjero; una ciudad, en la que, por una parte, se abren concursos entre los niños de las escuelas para dar a luz un manifiesto anti-alcohólico y, por otra, se declara que la cerveza no es bebida alcohólica; una ciudad, corazón de una República en la que se fabrica el alcohol con la panela, con la pimienta y con el clavo y se utilizan con el mismo fin, la palma de coco, el chile, el ajo y el salvado; en la que se fabrica el alcohol con el mezquite, con la tuna, con la piña y con las mil frutas que le da la tierra; en la que se confeccionan la zambumbia, la charanagua, la excomunión y el tejuino y dispone de ciertos nombres para designar cien bebidas alcohólicas distintas; bien merece la mirada del médico para escudriñar nuestro alcoholismo. (P. RAMÓN: *Gaceta Méd. de México*, mayo, 1931.)

Sanear es Poblar.—Sanear es Poblar, creo que ha dicho alguien; pero aun cuando esta ecuación fuese de mi propia cosecha, convengamos en que no hay fórmula más sencilla y exacta para expresar la necesidad primordial de las naciones, en materia de desarrollo y civilización. Es cosa bien sabia que los pueblos sanos garantizan la vida y la fortaleza de sus miembros, al par que constituyen centros de atracción, a donde acudan los que necesitan campo más ancho a sus actividades, o que rebosan en sus tierras, porque ya no caben en sus densidades pobladoras. Y el crecimiento de los pueblos, representado por una vitalidad mayor de sus propios hijos y un aporte nuevo de unidades extrañas, es el fundamento del verdadero poderío de las naciones, de su prosperidad y su cultura. (F. A. RÍSQUEZ, *Gaceta Méd. de Caracas*, fbro. 28, 1931)